

CARMEN VILLORO

Obra negra

EN UN LUGAR GEOMÉTRICO

PUNTO GEOMÉTRICO

Nadie ha visto al punto.

Si está en la página, deviene superficie.

Un punzón candente hiere la materia
para marcar su huella, y sólo deja un hoyo.

¿Dónde inicia el mundo, entonces?

¿Dónde acaba?

LÍNEA RECTA

Acércate a su aguda voz,
escucha su delgada pasión de no curvarse.
Su alma no tiene longitud sino intención de fuga;
su amplio anhelo, difuso y dilatado
sigue los surcos que en el cielo dejaron
los puntos cardinales al situarse.

Si tú crees que concluye en un ángulo recto,
que da vuelta a la esquina,
y forma una escalera, una barda, una alambrada
es que no conoces su personalidad irreverente.
Si queda suspendida,
si un número finito de centímetros interrumpe su pauta
no es su gusto:
la medida es el eterno sabotaje
que cercena su libre proceder de espada.

Con qué seguridad cambia de rumbo,
qué certidumbre recia
la orienta en sus tajantes decisiones;
marca la dirección con esa férrea,
sabedora conciencia de destino.

Qué tirana se vuelve algunas veces,
que imposibilidad de hacerla repensar,
de detener con argumentos su camino de furia.

Tan ebria necedad la vuelve ciega.
Su verdad es más fuerte que su cuerpo,
su meta es su mirada,
el punto inaccesible que la imanta
para volverse odio,
el dios que la reclama.

Del cenit al nadir cae su vasta plomada vertical;
lo sabe el bailarín que gira y siente
un eje imaginario pero cierto
que lo salva del desmembramiento.
Sin su firme presencia quizá nada
podría llamarse cuerpo,
nada podría rotar o trasladarse,
ni crecer, elevarse, construirse.

Todo universo lleva en el centro su esqueleto de luz,
toda invención la nombra desde las orillas,
toda forma, humana o natural
resulta finalmente ser su templo.

Puedes mirarla en la tenue retícula
que compone las alas de la mariposa
y en la egregia finura de las palmas.
Su fuerza es la del aguijón que clava duro
y la del árbol que, hambriento de luz
rompe el denso toldo de la sombra.
Dueña del plano y de la perspectiva
proyecta los volúmenes que son nuestra morada,
ciudad-memoria: interjección de líneas,
casas reales de tabique y piedra

construidas sobre su imperturbable trayectoria.
Prisioneros nos vuelve de su arquitectura
pero ella, esquivada, huye:
duerme en los cables pródigos que atraviesan los llanos,
viaja en las vías de los ferrocarriles,
sigue caminos astrales, meridianos,
se persigue a sí misma enloquecida.
Su expansivo deseo
se escucha en las cuerdas del arpa
y en el grito certero del venablo.

Unifica los puntos más lejanos,
acercas territorios para que los amantes se reúnan
porque sabe que la nostalgia y el olvido,
así las coincidencias,
son solamente cuestiones de la Geometría,
contradicciones íntimas de abscisas y ordenadas.

Gracias a la carta geográfica
por la que tan audaz se desenvuelve,
el misil no fracasa en su tiro de gracia;
sin escalas ni desviaciones,
con puntualidad y confort llega la muerte
hasta los últimos confines.

Divide los lugares con el dominio que le otorga
su frágil rigidez.
Qué déspota insolente, qué áspera actitud
si establece fronteras.
Su tajo es más cortante que el que a su paso marca
la hoja del acero;

su fallo inquebrantable,
su veredicto estricto funda la sajadura
de cuellos y hemisferios.

Atraviesa el espacio sin permiso,
es capaz de tachar el más limpio papel,
de cruzar sin permiso el más formal recinto.
Bajo sus propias reglas gobierna su desorden,
marca sus límites,
se convierte en barrera de su infantil vehemencia.

Su impulso de alcanzar el infinito
no tiene fin.
Angustiada en el fondo,
utiliza los signos de los hombres para hacerse inmortal:
la cruz, el péndulo, la greca, la palabra.

De ser idea se torna a veces cuerpo,
de ser cuerpo se esfuma en abstracción.
Nunca sabrás si existe o es un sueño,
si habita o nada más se manifiesta.
Mírala ahora mismo en la palma de tu mano,
no sea que escape.

LÍNEAS PARALELAS

No tocarse nunca
les duele lo mismo
que no poderse separar.

CIFRA

... de ninguna manera 7 y 3 han sido otra
cosa que 10; 7 y 3 siempre serán 10.

SAN AGUSTÍN

I

Cinco pétalos tiene el plúmbago.

La cifra lo nombra, lo define,
lo dibuja.

El número cinco se encuentra en sus orillas
pero en el fondo habita otro número cinco:

una obsesión que crece
desde el centro profundo,
un destino de carne

que el cinco sólo anuncia
y que es el cinco mismo:

el cinco esencial

el cinco Dios que habita
en el punto medio

de la encrucijada de la flor
y desde ahí

la irradia hacia la luz;

le dice –porque la esencia dice–

“crece”, “crece”,

hasta ser plúmbago de cinco
y no más pétalos.

Le dice y la palabra es forma
forma que conforma

forma milagro
prodigio forma flor.
Entonces, sólo después
serán azules
porque el color es parte de su forma
y el perfume también la forma misma.

Algoritmos sus pétalos, sus sépalos
algoritmos secretos su belleza
su afán de ser más flor mientras más forma
más sólo plúmbago, más denso, más escueto
mientras más puro y noble su dibujo.

II

En la estrella de mar cumple la cifra cinco
su destino.
Sólo el diseño de sus mares,
el afán de tentáculos que la enaltece
significa.
Abre así su dentada astronomía
para mostrar el centro: cinco, cinco
simétrico desliz que la hace flor de sal
como flores son todas
como arterias
como arenas que abrazan la señal de esta idea
seca y acumulada
montaña de silencio,
y entonces se despliegan ávidas de una presa
que justifique su enigmático ser de alas abiertas.

III

Cifra no es luz, no es viento,
no es agua sino repetición del agua.
Oye y reoye el sonido violento de este mar
no por violento menos amoroso.
Cuenta y recuenta los signos del oleaje
luego dime la cifra
como quien dice caracol sobre la playa.

Como números voy recogiendo cuerpos calcáreos
enaltecidos por la gracia de su espiral.
Voy como libro de álgebra acuñado valvas
estremeciéndose mis pies ante las fórmulas
que hicieron brillar de nácar las mezquitas.

Cuento y recuento.
Adivino la frase que es parte de otra frase
que parte de otra frase
hacia ningún lugar.

La secuencia ha creado al caracol
le ha dado forma y sueño
lo ha vertido fragmento
de secuencias más amplias.

IV

Un número es una guardia
donde la eternidad esconde sus propósitos.

LA LUZ

Viaja la luz por su centro disperso,
reconoce su alma de partícula,
su crepitar silente, inobservable,
su adentro de fotones confundidos.

Se desliza en mi hombro y en mi mano
con pundonor de hormiga,
desteje en amarillo los hilos de mi suéter,
todo lo abusa, luz, homóloga al poema,
su bullanga de miel lo lame y lo seduce.

Bufanda atrabancada
se escapa por debajo de la puerta,
engaña al piso con su aceite tibio,
finge ser aire y polvo sobre el aire,
dice venir del sol
y viene, es la verdad,
del furioso aletear
de su propio bramido.

Hórreo de granos impalpables
gravita, carga, se abandona,
yace intensa en la superficie del acero
y encuentra la supremacía
en la copa de árbol incendiado.

Llaga vieja, pasión sobre las calles,
aliento al mediodía se multiplica,
vuelve todo llanura, invocación, espejo.

Danza de estrella
se pierde en la ciudad,
maraña clara o laberinto
esculpe las ventanas
con su barniz de agua.

Yo escucho su blasfemia,
su dentera de ser como la fuente,
de andar desordenada por los camellones,
escucho al aire y sé que es la luz
que da vuelta a la esquina con vehemencia.

Se jacta, viciosa y libertina
de la tarde y su atavío inútil,
tan pasado de moda, tan ruinoso,
de la estación del tren entre la sombra,
del barco que se queja,
del veredicto serio de las horas.

Tuerce, extravía, lesiona los minutos,
se prende emocionada
de la última teja,
rasguña los tinacos,
suplica y se rebela,
llama al reloj "añejo, vetusto, carcamal".

La lluvia de la noche
laquea los edificios
pero ella se emancipa con una carcajada,
pinta su rostro
de anuncio luminoso,
se desmiembra en las casas
bajo pantallas tenues,
se cuele por los cuerpos,
los toca y acicala,
los esculpe en arena,
los derrumba.

Vuelve a su viaje interno,
a su sabiduría,
a su propio y circular oráculo.
Y yo que miro todo esto
no la veo.

OBRA NEGRA

Irrumpe en el sosiego
la casa en construcción,
la casa polvo.

Materiales sin forma
perturban la lisura,
se hacen saber inconclusión
sobre la superficie del vacío.

Casa sed,
muestra la intimidad de lo inorgánico.
Hilos de plástico, clavos, latas de pintura,
palos, varillas de metal, cuerdas de yute,
cables, mosaicos, tablas.
Voces que son pedazos,
fragmentos que son sílabas,
trozos que fraguan el discurso que la hará casa.

No hay aquí sino números
sedientos de ser dioses,
números delirantes
queriendo hacerse carne de esta cal,
arena de esta piedra,
pulpa de esta luz que se distiende
sobre el muro.

Casa mezcla,
casa templo,
casa colmada por la noche
como un cántaro poblado por el agua.

Casa en silencio,
inhabitada,
hinchida de presagios.

Conjetura que alberga conjeturas.

Casa gris estruendo de los mazos,
fotografía en blanco y negro,
ritmo de la ciudad tonal.
Tenue y tonal, sin tonos. Ton. Ton.
Tic. Tic: reloj de polvo.
Cinzel del viento cava, rompe,
esculpe esta brutalidad.

Que de la fuerza salga,
que de la fuerza erupste,
que de la fuerza brote la casa

como si fuera una semilla,
como si fuera una larva.

Plac. Plac: el cemento con el agua.
Ton. Ton: la música de esta miseria
de no ser sino humanos.
Tras. Tras: la casa se construye,
levanta el tiempo, lo funde losa,

lo hace azotea y drenaje,
lo forja muros para invadir el horizonte,
lo cuele traveses y hendiduras.

Materiales que humillan al vacío.
Muros, piedras -erguidas, orgullosos-
de ser más que presencia:
esplendor de la tierra sobre el aire.

Espesa es la victoria de la arena,
grave la grava insigne que se jacta,
agresivo el metal que hiere el vértice del claro,
bruta la cal,
grosero el concreto que dice toneladas.

Nada más contunde que su polvo
luminoso y procaz
que está donde no estaba
y es donde no era.

Sin embargo es ausencia,
oscuro misterio:
obra negra.

EL GIRO DEL BAILARÍN

Todo es presente.
Todo es eternamente ahora
sobre el metatarso.
El gesto que congela la intención
ha detenido el cosmos.
Diría que se dispone
espiga antes del viento,
diría que está a punto de,
que el cuerpo es el instante víspera de la catástrofe.

Escucha su latido:
no hay sirena de barco que suene más profundo,
ni estampa de gacela rompiendo la quietud de la sabana
que sea comparable
al fugaz pero estático impulso de la sangre.

Porque en el metatarso está el dilema,
justo en ese peñasco en donde el cuerpo
libera como cinco espadas
sus cinco extremidades
hacia los cinco puntos cardinales.
Ahí en ese montículo de hueso donde se apoya el mundo
escucha el hombre claramente
el ya próximo desprendimiento de sus hojas.

Entonces gira.

Los músculos se tensan y el desierto,
la arena ingobernable con sus sueños
fragmentados en dunas,
el mar desde sus márgenes,
la aprisionada hoguera en el cuerpo del ámbar,
el aire con sus pájaros de vidrio,
todo despierta a la espiral del movimiento,
al tifón enloquecido,
al cuerpo que se ha puesto a girar como una estrella.

Es el cuerpo que baila y se apodera del viento.

Mudanza de las formas,
traslado de las intenciones.

Visaje, figura, morisqueta:
cada mueca es una rebelión,
cada reproche un movimiento.

Infinidad, sinnúmero, gentío,
abundancia de cuerpos en el cuerpo,
muchedumbre de cuerpos en el único,
impar y solo cuerpo que se erige.

En su afrenta de luz,
en el aéreo deshonor al orden,
en el tenuísimo pero aplastante oprobio al equilibrio
el cuerpo hace su ofrenda:
ahí donde devasta, crea,
donde quiebra, levanta,
donde disipa, anuncia,
donde lisa, establece el cimiento de su fundación.

Es el cuerpo que baila,
el espectro.

Toca la nada: es nadie,
miro su cara: es otra que es la misma,
muestra su rostro brutal y verdadero,
su pregunta.

Aparece y desaparece,
fluye en la nada como aquél que ha encontrado
su elemento:
el delfín en el aire,
la serpiente en la pira.

Es presencia y ausencia,
olvido que se vuelve recuerdo,
reminiscencia que se desmemora,
cara que surge del espejo
como un presentimiento.
Está aquí y está allá sin duda al mismo tiempo:
lo apresa el corazón y se queda vacío,
la cuenca del espacio no lo tiene
ni nunca ni tampoco,
ni se estampa en la imagen,
ni se esfuma, ni pasa, ni se aquieta,
ni se avisa en la voz, ni se vislumbra,
ni se puede coger ni no se puede,
ni se forma, ni no, ni se disuelve
y sin embargo baila como si fuera el rey,
como si un cúmulo de soles
encendiera la brecha de su eterna extinción.

DANZA

a Lola Lince

¿Has tocado con los brazos la desnudez de una burbuja?
¿Has descendido al centro de una amapola blanca?
¿Te has abatido ante el ascenso de una tibieza impar
sobre la espalda y desde ahí,
desde el extenuado confín de una tristeza biológica
has comenzado a crear la cuenca de tu cuello?

*

Recuéstate, reposa,
que salga de tu aliento la silueta
que ha de tocar los cuerpos hasta volverlos premio,
que tu respiración sea
el resuello callado del incienso
y tu congoja el nido de todo lo redondo.

*

El punto le detiene la cintura al movimiento.
Ángel de sombra,
casa de Dios,
estaca para el alma que anda por ahí,
caótica y desordenada,
bailando su cataclismo no siempre luminoso.

El punto señala
y el cuerpo arde como un pabilo
que ha encontrado su luz.

Arde hacia adentro y hacia afuera,
nunca hacia los lados,
siempre en lo profundo.

Siente cómo te toma la punta de los pies,
cómo sujeta ahí toda la angustia,
cómo puedes llorar en morada segura
y desplomarte acaso
o desplegar deseos ignorados
ahora que estás aquí,
en el hogar calmo y sosegado del punto,
de donde todo mana
porque todo ha de regresar.
Cuando el infinito devora
las formas y los lindes
y disuelve en sus aguas
el color de los márgenes,
el punto concentra, guarda,
absorbe, articula.

No viene,
vamos hacia él.
Giramos en la ausencia
hasta encontrar el sí
y entonces descansamos abajo de sus hojas.

Recuéstate,
reposa,
que salga de tu aliento la silueta.

*

¿Quién dicta esta coreografía?
¿Qué música profunda que no escucho
le dice al pájaro
que ha de romper la densidad del aire?

*

Avanza tras tu cuerpo
como quien sigue en silencio a un enemigo.
Quítate los recuerdos del rostro, de los músculos.
Pisa tu carne herida para erigir al huésped
que ha de portar con mejor garbo tu silueta.
Destruye ese pasado que asienta tus tendones.
Eres sólo un espectro caminando hacia la luz
que no comprende.
Sólo escuchas.
Sólo sientes el impulso de abrir el aire denso.
Eres el dolor de tu propia ausencia,
el grito de no ser sino nadie.
Bailas para que otros te miren y no sepan
a quién están mirando,
o sepan, sí,
que eres el infierno convertido en sangre,
en pulpa dura,
en huesos que se crisan.

Para que vean en ti su propio salto,
su aterida violencia en la atmósfera cargada de la sala
y crean que siguen vivos,
que no han perdido el juicio,
que saben quiénes son porque tú no lo sabes,
porque has decidido aniquilarte una vez más
sobre las tablas.

*

Malsano punto donde todo termina,
acúnala en el fondo de tu sombra,
al fin y al cabo nada es más fácil
que alcanzar un extremo
cuando se ha partido sin recato del opuesto.
Porque la curva olvida,
permite que funde en tu arena su transfiguración.

FUEGO PETRIFICADO

I

El fuego cayó herido.
Negra palabra.
Lluvia de sangre se volvió cuerpo.
Detenido dolor.

Ahí están sus manos, sus vejigas,
pelados dedos, desguarnecidos bajo la oscuridad
como hijos sin padre.

La rabia se hizo sólida antes del descanso.
Despiadado fue el tiempo que no dejó
que llegara la paz.
Petrificó la herida para siempre.

II

Roca: suspendida violencia.
Grito que no puede escapar de sí mismo,
levanta una voz sorda, dura,
que no oyen las otras piedras.

Roca: impenetrable abismo de iracundia.
Encendido silencio bajo el alba.

Figura que en el fondo es órgano, animal de carne,
atribulada criatura que aguarda severa.

Caerse, derrumbarse quisieran esas piedras.

III

Reacio es el paisaje de las piedras.
Quisimos entrar al llano y el pedernal
nos escupió sabandijas.
Quisimos subir la cuesta del volcán
pero el polvo nos inyectó sangre en los tobillos.
Arriba nos mordió el sol y abajo
nos estranguló la nauyaca.

Profanamos el sueño de la roca
pero la roca pulverizó nuestras creencias.

Ya en la tarde nos poseyó la piedra.
Ahora somos lava que ya no puede regresar
a ser hombre.

Tal es la terquedad de la llanura.

IV

Definitivo es el veredicto de las piedras.
Contumaz. Inaudible.
Bajo su autoridad la tierra se hace sangre.

Es cierto: nada es cierto.
No existe más forma que el capricho.
No hay otro canon
que la arbitrariedad de estas rocas
crispando sus manías,
su antojadiza extravagancia contra el cielo.

Nada es más poderoso que el desorden.
Nada nos postra con fervor
como la veleidosa irregularidad de la materia.

Desnuda muestra sus encrespados aullidos.
Desnuda regala las fauces
de sus animales sedientos y rabiosos.
Desnuda invita a tocar con la carne ajada
sus ásperos perfiles.
Ni siquiera desnuda es vulnerable.
Nulo, fútil es el hombre junto a la piedra.

V

Sólo las nubes escuchan a las piedras.

LA PALABRA

I

El silencio se toca con el cuerpo
si te detienes.

Con la mirada escucha;
es su ausencia.

Con los labios ataja;
tibia oquedad.

Con las manos suspende;
imágenes, vestigios, huellas.

El aire guarda.

Atiende a otro mundo de señales,
sordas a la conquista del sonido.

Es el hueco
entre el bullicio de los pájaros.

El reposo del agua
bajo el estruendo de la cascada.

La permanencia del rojo
en el azul del fuego.

El signo de otra voz
en la casa de la palabra.

II

Ahora dile fuego
y una lava secreta encenderá su sangre.
Dile luego paraguas o la palabra punta
y elevará los dedos como tercos venablos.

Es que el sonido toca
acaricia, rasga,
abajo de la piel fecunda.

Déjate seducir por la palabra,
que construya metáforas sobre tu empeine,
castillos diminutos de marfil en una uña,
liebres sobre tu sexo.

III

Mi oreja es un desierto
donde las tribus celebran ritos onomatopéyicos.
Sus sacerdotes trazan en la arena
constelaciones oscuras
que las generaciones venideras
tratarán de descifrar.
En sus emplazamientos crepitan
diminutas hogueras
y las sombras de animales inciertos
danzan largas en los muros cavernosos.
Los sueños de estos hombres de piel gris
son ráfagas que cantan en círculos

el aullido del viento.

IV

Júbilo franco ja
júbilo risa
brinco que crispera en i
instante
irrepetible único alborozo:
ja ja ji
semilla que en la lengua de los pájaros es trino.

No, trino no, trino nota
triturada raíz como polen
que en la ventizca siembra.

Palabra que comienza en un sonido:
voz.

V

La palabra viene de la bestia,
del espanto,
de someter a la bestia,
de vencer al espanto.
La palabra estrangula a la nauyaca,
conjura su veneno,
paraliza el desliz ominoso de su cuerpo.

Caá Porá,
Caá Yará,
Caballo de Tres Patas:
detén tu sombra cuando digo tu nombre,
la oscuridad de tus bufidos.
Saca tus huellas de mi sangre,
vete con tus relinchos a otra parte,
Cabeza Blanca, Cabeza Errante, Cabeza del Espejo,
Cahuacahua.
Que ésta mi voz embriague tu presencia
mientras la luz te devuelve tu cuerpo,
pajarito de azogue,
monstruo de color verde,
mi aliento es más letal cuando te grito:
Cahuecho, Caicaivilú, Carbunclo,
Carcancho, Cerdo Negro.
Tus sílabas arrojan peñascos sobre el abismo,
tus pezuñas cubren de ceniza mis labios,
tus acentos multiplican el terror de las milpas.
Eres también Cheruve, Chungungo, Chime,
lo que de mi boca estalla en un chasquido,
el animal que llevo entre la lengua,
la saliva que atruena su pegajosa tesitura
contra el paladar.

Líbreme mi garganta de la muerte.
Líbreme el grito de la Dama Verde.
Líbreme la repetición de estas bestias agazapadas
en la noche de mi tórax.
Líbrenme mis fauces de las suyas,
mi hocico del suyo,

mis dentelladas húmedas de las suyas secas.

Toque el tambor de mi palabra rito,
de mi palabra danza,
de mi palabra huella,
de mi palabra cuchillo,
contra el silencio de lo que no se nombra.

VI

La palabra es una fruta,
es redonda y jugosa
y tiene un hueso duro en el fondo.

La palabra “palabra” abre su cáscara,
se desnuda y enciende entre los labios, el paladar,
la lengua.

Se escucha entonces su pequeño cuerpo
que estalla como el trigo
y los dientes apenas y la tocan
para no lastimarla.

La palabra “fruta” es más carnosa,
la palabra “comerse” tiene, a su vez,
unos pequeños dientes,
la palabra “autofagia” se autofaga,
la palabra “redonda” sale como burbuja
y en el aire explota,
la palabra “explota” me salpica,
la palabra “fondo” tiene su hueso en el fondo,

la palabra "duro" lo hace más corrioso,
la palabra "silencio" se lo traga
o por lo menos lo esconde.
Es la palabra un fruto
que ha suspendido el tiempo
en plena adolescencia.
Está ahí siempre pendiente del árbol del lenguaje
anaranjada y dulce.
Si la tocas con amor, te fecunda.

Es un fruto
pero es también una piedra
dispuesta a seguir siendo piedra.

Estalla pero a la vez se enrosca.
Es el punto y la línea,
la parte y el todo,
el presente que contiene pasado y porvenir,
el núcleo y sus orillas.

La palabra es una forma de mirar
lo que no está,
por ejemplo el paraguas, ese,
o el paisaje de niebla.
Es un engaño para mitigar el dolor
de la despedida que somos.

VII

Qué extraño es que tú me entiendas,
que de mi boca salga aire y tú me entiendas,
que no sea yo esta soledad que soy de todos modos
por efecto del aire
y del hecho curioso de abrir la boca.

Qué raro eso de ser escuchado:
alguien mueve el hocico, lo chasquea
sopla por él con la intensión
de dejar de ser un animal
y tú, manso, haces caso.

La palabra es un puente entre el hocico de uno
y la oreja del otro,
entre un cuerpo y un cuerpo
que quieren cambiar de animales a hombres
a través del hocico y de la oreja.

Y qué extraño que la palabra diga cosas,
que la palabra diga
como si decir fuera algo más
y sin embargo sí:
saliva y hueco,
concavidad y viento,
cachete y trompa fundan
quién sabe por qué
ciudades de cristal bajo la tierra,
templos de fuego en medio de los ríos,

castillos de nieve en los almendros.

OBRA NEGRA

MANUSCRITO

Las palabras
que nunca llegaron a la última versión
tal vez eran mejores.
Tienen la gracia de las cosas perdidas:
la puerta que no abrimos,
el amor olvidado.
Como flores disecadas
los vocablos encerrados en círculos
o aniquilados por un tachón violento
florece
cuando es otro el que asoma
a la intimidad del texto
y descubre no el poema
sino el alma de atrás:
vacilaciones clandestinas,
ocurrencias podadas en retoño.
Esa caligrafía
un poco descompuesta por los años
algo ilegible
como la voz vecina que escuchamos
a través de un muro,
como mirar las manos del autor
que ya no está.
No sin culpa
el voyerista de este manuscrito
lo siente palpitar y algo le dice

que ese desorden,
ese jardín con plagas todavía,
hierbas silvestres cubriendo la silueta
de algún árbol final
tiene el encanto de otro paraíso.

TELÓN

Quien haya espiado por las cerraduras
quien haya andado a gatas bajo la mesa del comedor;
quien haya desvestido poco a poco a un ser amado
quien haya quitado la venda de unos ojos
quien haya tapado con la sábana a un muerto
quien haya jugado al escondite atrás de las cortinas
quien haya escuchado tras la puerta una conversación
quien haya escondido una fotografía en un libro
una flor en un cajón
quien haya sido traicionado por sus propias palabras
quien haya recibido una llamada largamente inesperada
quien haya escuchado una declaración de amor
quien haya prendido la luz en medio de la noche
sabe lo que el telón esconde.

PARLAMENTO

Memorizar lo que no fue.

Recordar lo que será.

Caen las palabras en el nido enredoso y enredado
trenzan su soledad, su sinsentido,
trastocan el camino amable del discurso.

Nuevas piedras para las vertientes submarinas,
nuevas vertientes para el flujo de sangre
que desvía su cauce hacia otra vida.

Adentro del actor se cuecen pájaros,
se establecen heridas como puentes
entre la orilla de su bosque interior
y este bosquejo que le pide salir a otra mirada.

Enmedio el mar.

Miente el actor decir lo que no miente
parla otra voz, un eco que no puede
ser otro que su propio grito trastocado.

Miente que habla, porque grita.

Parla que miente porque mientras él cree que miente
una verdad se aloja en su garganta.

Sometido a la química de signos venenosos
el cuerpo se doblega,
dice algo y por decir levanta el brazo
la frase que pronuncia exige el ademán.

Memorizar es incubar el cuerpo,
dictar en clave mustia
lo que espontáneo hubiera sido como si.

Como si el alma está, como si el miedo
como si este lenguaje que se pone en la lengua
fuera cierto
como si el otro, el personaje, el muerto,
arrancara en la punta de los dientes.

Parla palabra ponte en mi postura
parte mi propia piedra, hazte presagio
de la próxima pretendida personalidad que no poseo,
que puedo poseer porque presiento
pautas parecidas en el profundo parlamento de mi pausa.
Protesta por la partitura
y hazme plural con este pasatiempo.
Pasajero en pasión, en tránsito. Dame el palpito
para ser pantalla de un pánico profundo.
Parla palabra tu par, tu parlamento.
No lamentes partir mi propia parte en partes,
perjudicar mi pequeñez,
permanecer en mí como penosa perversión.
Parla ponzoña pía por mi palabra,
póstrate en pórticos pretéritos para pujar lo primordial,
el primitivo puño de mi peso y de mi paso,
y por si fuera poco de mi pozo.
Pasa y permanece.
Parla en la pauta y en la pausa.
Pega mi pensamiento a pesar del percance.
Ponte en por qué a precisar
y a preservar mi primitivo acento.
Hazte proceso, pronto,
pronuncia tu protesta en mi provecho.
Parla palabra pulpa de mi puntual parodia,

de mi profunda pena.

ENSAYO

El ensayo transcurre en el pasillo de la academia.

Los salones de clases están llenos.

Sofía y Joaquín representan a Martha y Julio.

Son una pareja que se agrade, se lastima, se odia.

Pasan los estudiantes intermitentemente

con cuadernos y bolsas de papitas

para Sofía son árboles que cruzan la ventana de un tren en movimiento.

Grita Julio, casi patea a Martha.

El director de escena se ríe con su café en la mano

Hay clases de francés en el salón vecino:

les dames élégantes qui se promènent sur la rue

Martha se desespera, tiembla.

Una pareja se detiene en el pasillo,

intercambian cuadernos, se dan un largo beso.

Julio se levanta de la silla (es una cama)

–Y voy a ir, ¿me oyes?

–Pues si vas, no regreses.

Un grupo los escucha y rumora entre sí,

Sofía confunde el parlamento y Joaquín le recuerda:

–Eso es después que yo te digo perra.

El director enciende su cigarro.

Alguien en el baño, le jala al excusado.

–¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer?

–No te soporto.

Unos trabajadores se atraviesan cargando un pizarrón.

La maestra de junto sale y dice:
–¿Podrían pelearse más bajito?,
mientras observa el llanto de Martha.

LOS FRONTERIZOS

La línea divisoria es aguanieve.

Actor y personaje comparten una franja difusa
una coloración que empalma el verde y el azul
y sólo se hace tenue en las orillas.

El límite es un basto territorio:

tierra de nadie pero tierra de ambos.

Sofía es Martha que es Sofía.

Joaquín es Julio.

Sofía le pide a Martha la voluntad del pleito, la violencia
y Martha, personaje, actúa a Sofía,
le permite sentir lo que ¿Sofía?, ha esperado sentir.

Joaquín repite en soledad su parlamento:

Julio se va metiendo en su tejido
como agua en tierra que pide agua.

Julio escucha que Julio se establece
entre las representaciones –escenas-
que Joaquín tiene de su vida.

Dos discursos se nublan, se entretajan,
dos corrientes que mezclan su fluido y logran
una sola temperatura de la sangre.

¿Cuál es de carne y hueso?

*

Los actores surfean sobre una cima de agua
mientras la ola dure;

esquían sobre el abismo,
caminan sobre cuerdas demasiado tensas
–la identidad en vilo–
suben cuestas de hielo antes de derretirlas
con su propia voz.

*

De interno a externo crece la frontera
poblada por palabras, cimentada en palabras,
erguida de palabras, construida
esta frontera es casa y escenario
hogar y sueño donde la vida hierve.

*

Ciudad de laberintos
andan sus calles con los pies descalzos
exploran andamiajes y palacios
suben cúpulas, abordan balaustradas y balcones.
Dos mundos el interno y el externo,
abren su puerta sobre el mar vacío.

*

Donde la noche se convierte en luz
donde el mar deja abatida su ternura en playa
donde el ocaso barniza de nostalgia el cielo
se abrazan el actor y el personaje.

*

Los que sueñan despiertos, los que juegan,
los que hacen el amor, los locos,
saben de los empeños del actor
conocen esa barca sigilosa
que cruza la frontera.

*

Abordar la locura es cosa de palabras
gestos vienen después cuando la carne
es ya hija natural de la palabra.
Perder juicio y sentido,
abandonarse a un estado de cosas otras.
Haz de mí lo que quieras, delirio vano
pon al otro en mi boca, a ese siniestro
impostor de mi calva y de mis manos.

*

Haz de mí lo que quieras, delirio vano
pon al otro en mi boca, ese siniestro
impostor de mi calva y de mis manos.
Vacíame de recuerdos, déjame desasido
con las costuras rotas
para que venga el ajeno a poseerme.
Dame otra voz que ya no reconozca,
que siembre pesadillas confusas en mi mente.
Háblame en otro idioma al interior de mí
donde los sueños se me escapen como agua de las manos.

Siento mi corazón de piedra, mis arterias de piedra
y ya no reconozco ni mis pies ni mis labios.

Viola mis ojos para que no vean lo que ya vieron,
abre mis puños que quieren conservar lo familiar,
desvanece mi esencia y su linaje tibio
para encender el frío de otros huesos.

Dame pezuñas, cola, cuernos,
no venga Dios a devolverme el alma,
quiero actuar.

TELÓN 1

Telón, telón, telón,
abre la víscera de la oscuridad,
hazle una hendidura profunda al silencio.

Pesado, pesado es el pasado;
abre tus músculos
y deja ver la entraña de la luz
porque expectante estoy,
espectro en la butaca.

Telón, telón, telón,
marca la primavera y el invierno
y la primera vez y la tercera.
Suenan en la noche artificial
-chuic, chuic-, arrastra tus cadenas,
fantasma lento de mis años mozos,
ábrete Sésamo en la herida del tiempo.

Telón, telón, telón,
mientras tú corres
las ciudades se cambian de lugar,
las épocas resurgen de su tumba de nieve.

Tumba que tumba, telón,
mi ansiedad en la sombra,
mi miedo en el umbral.

Poco a poco revela, poco a poco,
poco a poco descubre, poco a poco,
pliegue a pliegue la tela, poco a poco,

paso a paso te sigo, te presiento,
el ánimo turbado, la sed en la mirada,
la tensión en los huesos: qué hay, qué hay,
qué hay atrás, atrás, del otro lado.

¿Qué hay , qué hay en el rincón del bosque,
en la cama del muerto?

¿Qué ruidos son los de la habitación contigua?

Dicta el inicio y el final y la sentencia,
Ciérrate a golpe de manecillas tercas,
tapa el pozo después del niño ahogado.

Di que ya, FINAL, se terminó;
nunca más, nada nunca, ya.

Cayó, cayó el telón, calló,
como el goteo de un suero se suspende.

Cayó, cayó, calló el telón.

Telón, telón, telón.

Talán, talán, talán.

EL CAMERINO

La luz es blanca y fría.

Las bailarinas se preparan para la función;
sus muecas son grotescas
cuando se untan el maquillaje sobre el rostro.

Sus posturas han perdido el garbo;
abren los pies desmesuradamente,
sacan la lengua, relajan el abdomen
mientras se ciñen el tocado
o se ajustan la falda.

Los vestuarios a medias:

una lleva puesto el suéter de calle,
otra tiene el vestido de tul desabrochado.

¿Quién asiste a esta función ignorada?

¿Quién registrará en fotografías o videos
la armonía bizarra, irrepitible
de sus acciones silenciosas y precisas?

¿Qué crítica de qué periódico mencionará
la atmósfera sagrada,

la cruel metamorfosis de la niña
monstruo-mariposa

entre espejos y focos que la repiten infinita,
la extrañeza de no ser nada del todo
y ser la misma, cotidianamente enrarecida?

¿Cómo repetir esta escenografía
de ganchos, chamarras y tacones,
bolsas de calle y colores

desparramados sobre el tocador?

Texturas, sombras, reflejos,
movimientos arcaicos de seres rituales.

¿Qué dios les dará nombre a estas criaturas?

Junto a la magia del camerino
cualquier puesta en escena -la más excelsa-
es blanda.

Atrás está la verdadera tiranía,
el arte reservado al olvido,
aclamado por la ausencia.

El sueño de la crisálida es efímero:
la composición improvisada se disuelve
cuando las bailarinas se disponen
a abordar el escenario.

CURVA

No tiene rostro, tiene manos,
tiene ríos en las manos y dedos como juncos
y un hálito liviano
le hace el amor de un hilo
y ella se vuelve tallo sobre el tallo,
y ondea,
ondea sobre su sombra.

El que sufre desea habitar su suave patria,
el que ama se pierde en su cintura,
el que anhela la tiene ungida al aire de sus besos.
En ella caben la luna, los pétalos, las mutaciones.

Nace donde acampa el caracol,
donde comienza la humedad de los trazos
que han de volverse ola.
Su origen es la huella de la espuma
que se apodera del aire
donde un ave cruza
el impávido cielo del invierno.

Su figura es la fuente que surge con el alba
y el surtidor de estrellas que devuelve el crepúsculo.
Su danza es espiral
como su signo,
como su ser que asciende hacia la luz.

En su canción perfila el nombre de las cosas:

anida el humo,

emprende la fruta,

germina la flama,

ase el plumaje del viento

en la palabra cisne.

Porque es curva recuerda,

si no, no recordaba,

simplemente diría, o maldiría,

pero la curva sueña.

ESPACIO

Carne del espacio, arena del tiempo. Atravieso sus lindes, perforo un túnel luminoso en sus pliegues de sombra, abro un camino de aire entre capas del aire. No es vacío, es otro cuerpo. Ángulos lo cortan, lo separan. Puntas del cuerpo lo desangran, planos chatos de nuestra geometría lo empujan hasta el final de su propia silueta. Pero el espacio regenera sus heridas. Donde fue traspasado cierra su magulladura, cose en silencio el aire lastimado. No es la nada. El dardo de tu cuerpo recibe una caricia. Presencia blanda, casi tibia, acompaña los bordes de tu danza. Cicatrices de polvo transparente le dejan los pájaros al cruzar. Moldea, arranca un tegumento. Toca su fruto, muerde la pulpa que te abraza. No creas que lo derrumbas, él te derrumba, succiona tu ser, imanta tu volumen. ¿Dónde los bordes?, ¿dónde las esquinas? Gota de agua, se amolda a las formas, convexo donde el otro es cóncavo, como el mercurio, bravo animal de sangre. Somos sus turbios huecos, puntos que le crecen como una enfermedad sobre la luz.

GATOS EN LA AZOTEA

I

De un extremo al otro de la cuerda
sorprendo la impertinencia del gato
su helicoidal soberbia de retar al vacío
con la in tensión
con la ex tensión
de sus miembros casi siempre curvos.
Veneramos los puntos cardinales
porque sabemos que el camino de ascensión
va dejando señuelos en el caos.
Te lo dije en el tendedero
y te lo repito aquí
ahora que nadie nos escucha.

II

Las niñas son como el diablo. Todas tienen
una sillita para dispararte, una sillita
para mirar desde la azotea de una ciudad
sin mar, el mar. Saben que con su grito
estremecen la ausencia. Por eso ríen cuando
lloran, ofrecen una mirada lánguida y hacen
astillas esa sillita de madera que en
realidad todos llevamos dentro. Juega la

ronda, juega la trais, juega el tibio
estremecimiento de los gatos cuando los
niños manchan de agudos pasos la tarde
despreocupada. Entiende que la sillita
es lo más inadecuado para este fin
de siglo.

III

Las catedrales avanzan hacia su propio destino
lentas, sudorosas, (cogimancas).
Sólo saben del arrebató silencioso
de sus feligreses.
Góticas, impetuosas,
qué tensa la suavidad de sus arcadas,
qué vertiginosos los tendones,
qué escritura de signos en las vértebras
del templo iluminado por la sombra.
Iguales y distintas como los cangrejos,
las valvas, los pentáculos de la estrella de mar,
la rosa siempre rosa
y siempre de otro espíritu.
Y yo, el que miro, soy sólo un tonto
o un gato.

PINCEL

El camello avanza ondulante
sobre el desierto del lienzo.
Mueve su sedoso advenimiento.
Avanza con cadencia majestuosa
y el paisaje se puebla de paisajes silvestres.
Cada huella sobre la arena es el inicio
de un paraíso posible.
A su paso palmeras aparecen,
nacimientos de agua,
brotan frutos que la sed reclama.
Mancha la tarde el camello con sus sueños húmedos.
Verde, amarillo intenso su deseo.
Funda un oasis al ritmo de su sangre.

GOTA

Chorrea la gota a gatas
chorrea y se escurre
pero no se aburre.
Llueve una vez
y otra sobre mojado.
Su cuerpo es la tormenta
pero desciende lenta
por la tela
que más que tela es vela
de un velero que vuela.
Gotea la gota gorda
su cuerpo de flan líquido
y en el camino deja
su dura embarradura
casi seca
su estela de color
su negro albor
por la pradera blanca.
Vaca es casi
mancha de vaca siempre
que salpica
este llano paisaje
que es el lienzo.
Salpica y pica gota
las otras gotas –dos-
que son los ojos,

lágrima separada
para llorar de risa
verde o gris
-no de tiza ni gis-
de aceite o de agua al ras
y sí, sin prisa
para alcanzar el piso
y con sonido así
como de pi
como de go
como de ta
la gota ya no está
y en el zapato un punto se desliza.

ÓLEO

Perturba, brocha, la desnudez del lienzo,
despierta con un beso de aceite
su espalda virgen, su sueño dilatado.
Humedece un primer punto de blancura:
germinará el paisaje en medio de la ausencia.
Qué suavidad la del pincel
que resbala en la paleta su primer deseo:
moja el dictado del sol en el naranja.

En la paleta se vierten los colores,
líquidos se detienen,
tibios en su espesura esperan,
voluptuosos.

MESA

Qué jaula de pájaros sin rejas,
qué algarabía de niños en recreo,
la mesa de trabajo del pintor.

MANCHA

Mancha, tú eres el orden,
la irregularidad que en su pasión detiene el caos,
el límite disperso que contiene,
derroche de su propio fuego.

Mancha, tú eres la luz vuelta espesura,
blanda espesura dura cuando seca,
suave aridez tu lenta liquidez.

Mancha, tú eres el bien alimentado fuego,
el fuego gordo que se embarra en la tabla,
nutrido deseo que lubrica el silencio.

Eres textura tacto en la mirada que toca.

EJERCICIO

Vas disolviendo el miedo en el cuadro que baila.

Vas pintando las formas que palpitan.

Vas abriendo la vida en cada trazo.

Va cobrando presencia la existencia.

Vas rasgando el telón a punta de zarpazos.

A punta de colores vas fecundando el aire.

Le das cuerpo a la noche y cuerpo al mediodía.

Pintura que se alza por sobre la mirada del pintor,

clama su carne, clama su entraña,

habla y retoza y está viva.

CÓMO ORDENAR LA GOTA QUE SE DESPRENDE

Cómo detener esa pequeña gota que se
desprende

de la superficie marcada.

Gota que se chorrea sin cauce ni destino
que se sale

del marco para seguir su propio improgramado fin
sin saber dónde ni por qué ni cuándo vino a ser
excesiva

en la pintura de su vida desierta y yerma.

Fugitiva es la gota que se chorrea en el lienzo.

Fugitiva y frágil la gota se desprende.

AMARILLO

El amarillo es un diminutivo sin serlo, una mentira sostenida en la i y la elle de su nombre. Nadie le cree a su grito de soprano que hace temblar la superficie de las formas. Si alguien lo toma en serio se vuelve ocre, cálido, toma prestada del rojo la intensidad, se hace profundo, pero deja de ser aquél que presumía y él, agudo seductor, no puede permitir ese atentado al narcisismo. Un fruto es amarillo sólo en sus partes verdes, vaya contradicción que se resuelve cuando el verde no es verde, sino amarillo. La inmadurez es dura, no ha hecho carne, no ha producido miel ni derramado el jugo que la lleva a ser naranja, a abandonar el amarillo como quien deja atrás la juventud insípida para adentrarse en el color amalgamado de la sazón del tiempo. Por eso el amarillo no sabe de sí mismo, se encuentra deslumbrado con su hermosura efímera y lo que exhibe es sólo superficie. Si el sol es amarillo es un sol frío. Sus rayos caen en línea recta, añorando la curvatura de los otros colores. Atrás de su chillido está su angustia, pero ésta se percibe sólo junto al azul, que es todo calma.

ROJO

Sangro. En todas las superficies extendiendo este dolor que he ido madurando en el corazón de las uvas. Doy a las cosas una intensidad sólo comprendida por el toro cuando recibe la última estocada. Soy la herida que mana en el pretil de una ventana, el tejido de vasos capilares que se rompen al alcanzar la flor del tabachín o se condenan ebrios al fondo de una rosa. Estallo. Soy la carcajada de las frutas y el rubor de los cuerpos desnudos cuando traslucen el torrente airado de sus pasiones calladas. Ardo. De por vida condenado al infierno de mi amor desmedido, en cada gota arriesgo lo mejor porque el peligro me signa y me limita y me da identidad y me contiene. Filo de la muerte, permanezco del lado de la vida: represento su desorden milagroso. Abro el día manchando su superficie y establezco el crepúsculo cuando el sol se desgaja entre los nubarrones. Soy el tiempo que late al interior de las formas, grito que pulsa en el núcleo de todas las palabras.

OFICIO DE PINTOR

Morder el amarillo. Apachurrar el rojo hasta el chorizo, verlo salir como húmedo reptil. Embarrarse del verde espinacoso la camisa. Hundir los dedos en el blanco para sentir su crema adentro de las uñas. Embadurnar el lienzo con un azul espeso, gordo, regio; hacer puré violeta en un bote de plástico. Manchar con el naranja esa esquina inviolable; ver escurrir las gotas del negro sobre el piso. Dar un brochazo hiriente pero suave sobre la superficie tensa. Deslizar el deseo con un pincel delgado. Escuchar el chasquido íntimo del agua cuando se mezcla con la pintura aceitosa; mover con un palo el fondo de la lata. Rascar la arena seca, hacerla repetir su sonido rasposo con espátula. Buscar el punto pegajoso del marrón y pellizcarlo. Pintar con la garganta y la rodilla, con el bazo y el páncreas y la lengua y las palmas abiertas. Después, sentarse a oír a Mozart.

CAZA NOCTURNA

*A Toni Guerra
y su pintura*

La noche va desatando el nudo de mi cuerpo. Poco a poco, lo conocido se diluye en una mancha sin orillas en la que me abandono como los marineros en el rumor del mar. La textura ha tomado el territorio de mi piel que ahora desconozco. Ya sin figura alguna de la cual asirme, sin brújula ni mapas ni palabras, algo de mí se interna en un tiempo sin tiempo. Los colores estallan. El azul va cobrando una presencia antes desconocida. No es un azul sereno, es un azul, cómo decirlo, al rojo vivo, un azul que sale de mi mano y va plasmando un caos en el aire. Luego el rojo ennegrece mi paisaje, pero las madrugadas que acontecen una tras otra en el traspaso de mis párpados, van formando un lenguaje de señales que sí, que aunque sin lucidez, comprendo de manera primitiva y esencial. Soy un toro, lo sé desde el principio, sé que un capote herido enciende unas hogueras amarillas en mi costado izquierdo, que he de bramar sin rumbo hasta vaciar mi cuerpo de esos predicamentos bebidos en la infancia. Ah, la infancia, ¿se parece este turbio navegar a ese otro de los juegos de niña? Sólo mis senos me recuerdan que he crecido, la línea curva que desmiente; el volumen frutal que pletórico asume la caricia del tiempo. ¿De dónde vienen los otros personajes, los rostros pequeñitos, las escondidas figuras que en carbón me persiguen? Hay un bosque por dentro de la carne, yo juego a suspender sus miradas perplejas entre pliegues de humo y de ceniza. ¿De dónde el viento que desordena las copas de los árboles, las palabras que ya iban a formar los nombres, las claves, por qué quedan las letras inconexas como hojas usurpadas por remolinos grises?

Sé que hay un riesgo en la caza nocturna, pero no quiero despertar, me siento más segura en sus olores tenues, en los vertiginosos cambios de sus nubes deslavadas,

entre las piernas fuertes de sus animales aullando. No hay compañía posible en este viaje, la intimidad me ha tragado en sus fauces, pero quiero cantar en cada lienzo esta verdad secreta y solitaria.

LAS FORMAS

Arden las estructuras desde sus siluetas.
Lloran su colibrí.
Extienden la morada paciencia de sus hojas
siempre lineales,
siempre buscando el centro en la nostalgia
o la nostalgia en el lagarto de sus puntas.

Picos tiene el bramido.
Lo saben las gitanas
que en el asiento del café
buscan su salamandra.

Es el orgullo de los cantos pardos.
El saber que la orilla de la roca
se mantiene infranqueable.
Que la nube es la única, perfecta,
prodigiosa aglutinación de los geranios.

Porque todo se funda. Así el erizo
y el colérico dobléz de la serpiente.
Se mantiene en su sitio.
Se jacaranda de su propia imagen.
Se levanta en el parque de su grito.

Como si en medio fuera una rendija.

Tira una piedra al agua.

Deja al perro sin Dios.

Quita el verano con su cola a la pradera
y encontrarás la forma.

ESPIRAL

El misterio es un orden ascendente
que alguien traza sobre una vertical.
Así lo dice el árbol que en su tronco
lleva la inspiración de una verdad.

¿Alcanzarán sus ramas la morada
que el espíritu aspira?
¿Hay un fin en la fuerza que dispara
los cuerpos hacia el cielo?

La espiroqueta sabe que su forma
le garantiza un ciclo.
El código genético se enrosca
para decir que sí.
El caracol concibe su morada
para que el tiempo sueñe.

Es asunto de música esta vida
que crece sobre sí sin destruirse,
que va poniendo capas sobre capas
años sobre años,
anillos con anillos.

Qué sabia la razón tan matemática.
Qué firme la pasión tan sin razón.

Va encabalgando versos
en círculos concéntricos
como los que dibuja
la piedra en el estanque.
Serpentinas de luz pronuncian su palabra
en el oscuro núcleo de todas las semillas.

Paso de vals que enlaza cada vuelta,
que termina y comienza y que termina
y comienza de nuevo la oración.
Movimiento que nunca se dispersa,
repetición de notas
que en su despliegue alcanzan
la escala superior.

La espiral es la forma en que la vida
puede seguir su pauta
y es también la figura en que la muerte
la obliga a descender.
Su dibujo ha escogido tu huella digital:
oleaje predecible es tu destino.

ESPIRAL 2

Todo aspira a crecer
contra la sombra.
La vuelta y su regreso
anuncian otra curva.

En serpentinas claras
el código genético
pronuncia su palabra
en la semilla oscura
de donde nace el tiempo.

Verso por verso
va encabalgando
las circunferencias.

Y la piedra repite
en el estanque calmo
su secreto que gira
y está quieto.

ESPIRAL 3

Quiere bailar sobre su propio eje,
trazar los círculos
que el infinito pide a sus criaturas.
Sabe que en su punto inaugural está el origen,
en su cuerpo la ruta de la vida,
en su extremo posible un único destino.

Lleva en su sangre un fuego que la quema.
En concéntricas curvas lo dispersa
para no consumirse.

Tú que tienes miedo a lo que cambia
escúchala decir su libertad.
Porque es pasión lo que la mueve adentro,
lo que la hace crecer segmento por segmento,
cinta por cinta

hasta lograr la forma
con la que Dios premió
a todo lo que evoluciona.

No es una loca que sin orden
dispare hacia el abismo su frenesí sediento;
una pauta la rige y la acompaña
porque su alma es la música,
el ritmo su sentido de existencia,

paso de vals para marcar el giro
que su espíritu anhela.

Tu corazón no puede con su magia,
con su alegre desdén de trastocarlo todo,
de irse de puntitas por el tiempo
sobre la cuerda floja de tus nervios.

*

Verso por verso
va encabalgando el canto de su hazaña;
no es otra su palabra que la vida
que se suma a la danza de su acento.

No le impongas tus lindes;
si la espiral te atrapa en su delirio,
deja que crezca un árbol en tus venas,
que el tornado te lleve hasta la cima
donde estalle la luz de otra semilla.

AGUA

Desasosiega el viento la nota de este cauce
sin orillas acaso, sumergido
en el confín del mediodía.

Agua que busca un lecho inmóvil
un trazo una figura en el canal
para no disolverse pero el aire
levanta las faldas del olvido
los límites del agua enferman
como enferma en amor con la mirada antigua.

Mas tanto movimiento tiene el agua
como esta soledad que arremolina
una inquietud sedienta.

El viento es el recuerdo,
el olor de los buques entrando por el alba.
Candor y plenitud esta ventisca.

Las aguas del remanso no son quietas.
Parecen escanciar la tarde
en la mano que colman.
Cada gota, cada ilusión de gota
lleva al interior su aturdimiento,
borrascas frágiles son estas gotas de agua
que figuran el río,
fragmentos de reflejo estas corrientes

que lo hacen parecer un sólo cauce,
espejismo del cielo
que se inunda a sí mismo
para hacernos creer que es uniforme
como el polen nos miente ser el tono de una flor
y luego se dispersa.

Cada esquirla de agua
es una escama que levanta el viento,
agua caimán azul
animal que se sueña
en sus propios fragmentos disociado.

EL PUNTO SOBRE LA *i*

ANDANDO QUE ES GERUNDIO

Ando y iendo el gerundio desbocado
no ha de parar nunca en su estar siendo.
Ni la fatiga, ni el miedo ni la muerte
detienen su latido
porque si se fatiga fatigando,
si es que temiendo teme,
si muriendo no muere, está viviendo.
Verbo que en floración me sobrecoge
siempre sin atrapar su movimiento
porque en su cuerpo el tiempo se desata
libre y fugaz
instante por instante
cambiando el rostro en vértigo,
en ese ser vicisitud que vence
porque nunca lo doma la quietud.
Sístole y diástole de la palabra escrita
inyecta el palpitar a toda acción
que accionando responde a su llamado.
Bailando está el gerundio,
está cantando.
Gerundio está el gerundio
en espiral.
Siempre aspirando al círculo,
alternando,
de letra en letra va
y sigue caminando.

Si la rueda está quieta no es gerundio,
si el árbol se secó ya no es gerundio.

No hay gerundio marchito
ni molino de viento sin gerundio.

No anda siendo la nada,
simplemente anda siendo
así como si nada,
como si sí pasara el tiempo
y no acabara.

BONDADES Y PELIGROS DE LA COMA

En la ciudad cosmopolita de New Word, las comas se volvieron el objeto de consumo máspreciado. Los habitantes, casi todos ellos ejecutivos de portafolio y empresarias de tacón, tenían ante sí tal cantidad de actividades diarias y tan poco tiempo para realizar cada una de ellas que al final del día el agotamiento los vencía y el índice de enfermedades cardiovasculares aumentó considerablemente. Una jornada de un ciudadano cualquiera consistía en: levantarse lavarse los dientes vestirse peinarse tomar un jugo de empaque del refrigerador beberlo a grandes tragos (la ausencia de comas hacía que a veces quisieran beberse el refrigerador en vez del jugo) echar a andar el automóvil sin esperar a que se calentara el motor (también los aparatos sufrían las secuelas de esta ciudad siempre de prisa y acababan inservibles, tirados como basura en las afueras de la urbe porque terrenos baldíos ya no había) hacer sólo media hora de ejercicio comer un desayuno prefabricado llegar a la oficina derrapando llanta buscar un estacionamiento lo más cerca posible correr hasta la entrada para checar la tarjeta de control casi siempre con ya algunos minutos de tardanza (la falta de comas provocaba que el “casi siempre” quedara asociado a la acción de checar la tarjeta, ocasionando fuertes reprimendas por parte de los jefes) que serían descontados en el sueldo resolver los pendientes acumulados (¿cómo resolver los pendientes en el sueldo?, se preguntaban confundidos los que no tenían comas) sobre el escritorio hablar cuarentaicinco veces por teléfono (como no tenían comas se subían al escritorio a hacer las llamadas con tan poco refinamiento) escribir más pendientes en la lista ir al ministerio de trámites diversos (pero a veces la lista no tenía gasolina o no quería arrancar) a hacer una solicitud o levantar una queja hacer cola en el banco en otro banco en otro banco llevar la contabilidad que nunca queda bien regresar a la oficina a contestar llamadas salir a comprar cualquier cosa grasosa de comer volver porque ahora hay junta todos los días hay junta y se discute se discute y luego elaborar

el memorándum el acta resolver los pendientes nuevos tomar el coche de regreso pasar a la gasolinera a comprar víveres para preparar la cena (la carencia de comas les hacía pensar que los víveres se compraban en las gasolineras y ahí estaban los pobres preguntando por lechugas donde no las había) de la noche porque los invitados llegan pronto y piden whisky y quieren bocadillos que facilitan las relaciones públicas bañarse nuevamente vestirse perfumarse arreglar los floreros cuando todos se han ido (así, sin comas, les daba por arreglar los floreros cuando ya todos se habían ido) recoger vasos platos manteles ceniceros migajas y al propio cuerpo acomodarlo en una cama soñar entonces con aquello que quedó por hacer y no dio tiempo y mañana espera. En esta ciudad de tanta velocidad en las acciones las comas fueron primero despreciadas porque bajaban los índices de productividad de las empresas y llegaron incluso a prohibirse no sólo en los ámbitos de trabajo sino en los gimnasios, los restaurantes, los cines y los parques. Pero como pasa con todo lo prohibido, surgió un mercado negro de comas en el que se vendían a altos precios. Quien poseía una coma podía, por ejemplo, usarla como toalla mientras hacía ejercicio y detenerse un momento para secarse con ella el sudor de la frente que era mucho porque todos se ganaban la vida con el sudor de su frente, y con ello bajar el ritmo de la respiración. Porque las comas tenían usos diversos. Podían fumarse lentamente entre una llamada telefónica y la otra y había comas de tanta calidad que podían extenderse como un diván y el dueño de la coma dormir sobre ella una ligera siesta. Había comas musicales con ritmos muy variados como swing, blues o jazz, al gusto del consumidor y que podían ponerse en un aparatito entre una acción y otra. Si alguien atesoraba algunas comas durante la semana y las llevaba a un restorán podía pedir platillos complicados de comer como alcachofas, caracoles, camarones para pelar despacio. Había comas estéticas que se convertían en pinceles o en versos para los muy sofisticados y para los sencillos de personalidad había comas pequeñas que podían sembrar en sus jardines y de ellas salían flores y otras comas con las que se armaban sillas que sacaban a la banqueta para sentarse en ellas a conversar y a escuchar a los pájaros que no sabían qué era eso de no tener comas y regresaban por las tardes a dormir en los árboles. Hubo quien se hizo adicto a las comas y, como todo lo que es consumido en exceso causa daño, enfermó. Disminuyeron los males cardiovasculares

pero surgió un cuadro clínico grave: el estado de coma, que consiste en ponerle tal cantidad de comas a la vida que el individuo ya no puede realizar acción alguna.

CANCIÓN DEL PUNTO

El punto no es un punto
es un copo de sombra
su vastedad me inquieta
su pequeñez me inunda.

En su fragua fecunda
se perfilan los mundos
y en su sabiduría
la admonición del día.

Su silencio me obliga
su agudeza me asombra
y siento aquí en las venas
su densidad profunda.

Divina y fresca gota
sobre la línea rota
sangre del corazón
esencia de la forma.

Puro y noble secreto
que no puedo mirar
porque cuando lo miro
ya no es, ya no es, ya no es.

Punto que me aflige
lejana luz de estrella
muy honda es la pasión
que inyecta el aguijón.

Idea ingobernable
capricho indibujable
dolorosa obsesión:
aparece, aparece, aparece.

EL ACENTO

Zapatitos de tap tiene en los pies
y sólo a veces se le ve el sombrero,
pero se le oye siempre
marcando en la tarima de las letras
su golpe de talón.

Tácito cuando pasa sin ser visto,
ortográfico si enseña el ademán,
grácil y delgadito
va imprimiendo en el texto la emoción.

Las esdrújulas se toman de la falda
para seguir girando;
las vocales se unen en diptongos
para bailar un son;
la grave se detiene a meditar;
la aguda casi siempre termina la canción.

¿Qué sería de las palabras sin acento,
sufrirían de afectivo aplanamiento
o bailarían el tango de la vida
cuando lo que se espera es el danzón?

Un texto sin acentos no es un texto,
es llanura desierta, es el silencio;
enfermo al que le para el corazón
y aparece esa línea en la pantalla
sin acentos, sin tap, sin aliento ni rap.

EL PUNTO SOBRE LA *i*

Dejar la *i* sin punto produce un malestar inaudito, es como dejar un cajón abierto, o no encontrar el otro calcetín o perder una pieza, la última, del rompecabezas. Cuando ponemos el punto sobre la *i*, exactamente encima, ni más a la izquierda ni más a la derecha, lo suficientemente separado para que se note pero no demasiado lejos de, digamos, el tallo de la *i*, el mundo se acomoda y florece. Sí, porque ese puntito, aunque pequeño, es una flor que adorna la tipografía, que le da gracia, vamos. ¿A quién se le ocurrió? ¿Quién lo supo dejar bailando, suspendido en el aire, para que todos supiéramos que la *i* denota ligereza y que en la palabra “ligereza” debe haber una *i* como también en la palabra “espíritu” que tiene dos, pero una acentuada que le da otro carácter a la primera *i*.

“Poner el punto sobre la *i*” en la vida diaria significa decir lo que se tiene que decir cuando se tiene que decir. Señalar con precisión y tino una situación cualquiera. ¡Cómo he dejado las *ies* descabezadas a lo largo de mi historia! Sucede que el discurso sigue y que cuando quiere uno poner el punto sobre la *i* lo pone sobre la *m* porque en la vida ya no se puede regresar. Y esas *ies* sin punto ni gloria son como volcancitos tapados, sin salida ni fumarola, y algún día explotan así nomás, sin avisar. Por eso los terapeutas se la pasan recogiendo puntos de *ies* caídos en la alfombra del consultorio. Cuando alguien te dice que encontrar una moneda en el suelo es asunto de buena suerte, lo que quiere decir es que encontraste el punto de una *i* y que ahora lo puedes poner en su lugar.

El punto sobre la *i* se mantiene gravitando como una estrella en el cielo del renglón. Por eso la palabra “tililar” tiene sus *ies* muy bien acomodadas en sus órbitas invisibles y uno siente la armonía del cosmos concentrada en una palabra. Cuando se escribe en manuscrito, uno ejercita la acción de poner el punto sobre la *i*, lo que nos hace más acertivos y seguros, con mejores resultados que los que se obtienen de un libro de autoayuda. Lástima que la máquina de escribir y la computadora impriman la *i* y el

punto al mismo tiempo, como si fueran un mismo cuerpo y no hubiera aire de por medio. Pero todos sabemos que el punto sobre la *i* tiene vida propia, que aunque ponga las cosas en su sitio, lo hace con ironía, que es juguetón y le gusta salpicar la página y reír; sobre todo reírse del acento que se toma las cosas tan en serio.

EL PUNTO

El punto me da miedo. Tan chiquito, tan aparentemente inofensivo, es el más contundente de los signos. No hay vuelta de hoja, cuando ponemos el punto terminamos algo, lo finiquitamos y la palabra “fin”, a mí, me angustia. Hay grados, ya lo sé. El punto y seguido es menos agresivo; indica el paso de una acción a otra; hay esperanza de que la vida siga concatenando oraciones completas. El punto y seguido es cotidiano, conocido, familiar; marca el ritmo de nuestro proceder; nos da orden y claridad; a veces lo llevamos en el bolsillo, lo sacamos entre una acción y otra, lo masticamos como un chicle hasta que se le quita el sabor, y pasamos sin tragedia a otra cosa.

El punto y aparte, en cambio, implica una decisión. El niño que juega con una pelota en la banqueta, debe poner un punto y aparte para meterse a merendar. Las madres saben del rechazo natural que provoca el punto y aparte y por eso advierten con puntos suspensivos que ya se acerca el fin. La expresión “ya merito” pospone el malestar. El pintor en estado de trance creativo debe suspenderlo porque ya es hora de pasar por sus hijos a la escuela. Punto y aparte. Dejar la dimensión, el tono, la atmósfera habitada para pasar a otra. No siempre causa un malestar poner punto y aparte. Regresar del trabajo, quitarse los zapatos, ponerse las pantuflas y escuchar un disco, es marcar un punto y aparte delicioso; también las vacaciones. Qué difícil marcar este signo en la conversación cuando hay que tocar un tema serio. Qué sabroso perderse en los preámbulos; pero llega un momento en que se debe hablar de aquello que nos culpa o nos atemoriza. Punto y aparte, ahora sí, ahí te voy.

Pero el tirano de los puntos es, sin duda, el punto final. Aquí se pone punto, y punto. *Never more, said the raven, never more.* Así lo sentenció Edgar Allan Poe en su poema *El cuervo*. El punto final implica una ruptura definitiva y su dolor a costas. En cuántas relaciones debiéramos poner punto final y, ahí andamos, poniendo punto y coma. Detrás del punto final está la nada, el vacío, en el mejor de los casos, la incertidumbre.

El punto final y el terror que despierta, es el motivo para que inventemos otra vida después de la muerte. La creencia en la reencarnación no es otra cosa que querer cambiar el punto final por un punto y aparte, incómodo pero no fatal. Sólo en escasas ocasiones se desea la llegada del punto final que puede convertirse en un alivio: el cansancio, el hartazgo y la tristeza son los requisitos, por eso cuando alguien se suicida, decimos que puso punto final a su existencia. O, de plano, cuando ya no se tiene nada que decir, como es el caso.

FUNCIÓN MATERNAL DE LA COMA

La función de la coma es sobre todo maternal. Toma al complemento por los hombros y le dice con suavidad y prudencia: “No, mira, tú no vas aquí sino acá.” Y si el complemento insiste: “Está bien, puedes cambiarte un rato de lugar, pero yo voy a estar contigo para que no te pierdas.” Y es que sujeto, verbo y complemento suelen ser traviosos o por lo menos inquietos y les gusta jugar al juego de las sillas, ese de a ver en qué lugar quedaste cuando para la música y con ello confunden el pensamiento de los seres humanos.

Cuando la coma no los ve, estos tres elementos suelen formar frases como: “La vecina en el buzón tiene una carta.” Entonces uno cree que la vecina está en el buzón y la imagina muerta de frío tapándose con una carta gigantesca y quiere uno socorrerla. Pero entonces viene la coma y nos calma a todos y nos pone en nuestro sitio y nos salva del delirio.

HOJARASCA

Hoja

cruje

pájaro

vegetal

Suena a *j* y a *g*

la muerte bajo mi pie.

LA INTERROGACIÓN

Las preguntas se cuelgan de ganchitos en el texto igual que las hamacas. Esto es para que uno pueda reposar en ellas, quedarse ahí, esperando la respuesta, porque algunas llegan pronto, pero hay otras que tardan años en llegar, o que no llegan nunca, como aquella de Shakespeare. Se dice que el primer signo abre la interrogación, es como un sacacorchos con el pico hacia arriba, destapa la botella de la duda, deja fluir su vino hasta colmar el alma de inquietud y entonces viene el signo que la cierra, ese otro sacacorchos que tapa la botella con su pico hacia abajo y que debía llamarse tapacorchos. Pero la inquietud sigue porque ya ha sido abierta la caja de Pandora.

Los signos de interrogación confirman que somos seres extraviados, personas que no sabemos, pequeños y efímeros granos de arena flotando en el aire de un mundo inaprehensible, como el puntito de la interrogación, suspenso y diminuto ante el misterio. Estos signos son los culpables de nuestro raciocinio. En lugar de vagar dichosamente por la mágica luz de la inocencia nos da por explicar. Todos sabemos que cuando la serpiente dio a Eva la manzana, tomó la forma de la interrogación y así fue como perdimos para siempre el paraíso. Cierto que la curiosidad da comezón y que los signos de interrogación sirven para rascarse, pero como dice el refrán: “en comer y rascar, todo es empezar”, y una pregunta lleva siempre a otra causando aquel prurito que ni las compresas de la ciencia calman, ni la fe.

Por eso las preguntas no se dicen, se cantan; las acompañamos de música para hacerlas más suaves, llevaderas, a veces hasta bailables. Les quitamos la solemnidad con ese alargar las vocales y subir el tono de la escala musical. ¿No se parece un signo de interrogación a una clave de sol? El texto se convierte en pentagrama y el opresivo peso de la ignorancia fluye como si fuera música, como si con el azoro se pudiera hacer poesía.

LAS COMILLAS

Cuando decimos una frase de otro “sacamos sus trapitos al sol”, por eso las comillas se parecen a las pinzas con las que detenemos la ropa en el alambre del tendedero. Las comillas detienen por los hombros estas frases que pertenecen al discurso de otro; tienen que detenerlas porque, si no, se irían, regresarían a donde pertenecen; en donde estarían más cómodas sin esos ganchitos pellizcándoles el alma; donde podrían fluir sin detenerse.

Las comillas nos salvan de la locura; nos protegen de la pérdida de identidad. Sin ellas, confundiríamos a la persona con el personaje y andaríamos por el mundo repitiendo frases de Moliere, creyendo que surgieron de nuestro ronco pecho. Pensaría que a mí se me ocurrió esa idea heideggeriana o que usted acuñó por primera vez un refrán popular. Como quien dice, porque las comillas siempre son “como quien dice”, creeríamos que descubrimos el hilo negro. Pero las comillas nos regresan a nuestra mediocre realidad y alivian esa tendencia que tenemos los seres humanos a ser impostores; las comillas nos permiten, si acaso, impostar la voz y decir la frase con tono operístico, o simplemente en otro tono, porque está oído que las comillas cambian el tono musical, así que de alguna manera satisfacen esa necesidad histriónica de convertirse en otro, pero sin disolver los límites del Yo.

Las comillas son sutiles, maliciosas, irónicas. Salpican por los dos lados de picardía a la palabra. Con sus deditos juguetones hacen el ademán para que el lector sepa que eso que se dice no es eso que se dice. O que se dice, sí, pero que existe otro sentido atrás, que no se dice, y que tal vez es un sentido contrario. O sea que las comillas hacen presente un discurso secreto. Con sus ganchitos nos indican que esa palabra es un telón que descorrer, y que detrás está la verdadera.

LAS PALABRAS

Las palabras son criaturas fabulosas. Unas son pequeños duendes que brincan, manchan las hojas, salpican de tinta y felicidad nuestra imaginación. A esas palabras hay que dejarlas jugar a la pelota con los puntos de la *íes*, tropezarse con las comas, morirse de risa con la cara seria de las mayúsculas. Otras palabras, en cambio, son señoras gordas y aburridas; a esas hay que ponerles punto final. Algunas palabras son pájaros amarillos: hay que dejarlas volar, pero antes asegurarnos de que nos lleven en sus alas. Otras son peces de plata en el estanque de los sueños; a esas no podemos pescarlas, pero debemos escuchar la tonadita que dejan sus reflejos. Hay palabras que francamente dan ganas de apachurrar, como la palabra “tarea” y otras, en cambio, que nos encantan porque son ligeras y traviesas, como la palabra “fantasma”.

Escribir historias y poemas es jugar con las palabras, hacerse amigo de ellas, convertirlas en un barco de papel y subirnos en él a navegar, o soltarlas como un papalote para llegar al cielo. Hacer cuentos es dejar que el corazón se abra como un cofre escondido durante muchos años para que de él salgan burbujas, mariposas, pesadillas, rayos de sol. Y es, también, convertir al mundo en ese libro mágico que todos queremos habitar.

LOS DOS PUNTOS

Dos puntos: la entrada del túnel por el que poco a poco se va aclarando el pensamiento hasta alcanzar la luz.

Dos puntos: antesala de una carta. Espacio y tiempo necesarios para suspirar antes de leerla, o escribirla.

Dos puntos: signo

- bolitas, una arriba y una abajo
- narices de caricatura en posición vertical
- botones de un payaso
- puerta del conocimiento
- señal de salida
- ventana abierta
- huella del vampiro.

Dos puntos: ritual socialmente aceptado, para apropiarse de las frases de otros.

Dos puntos: como quien prende un cigarro antes de tirar la neta.

Dos puntos: conclusión: no sirven para nada.

Dos puntos: anteojos para aclarar la miopía de la primera frase.

Dos puntos: hermanito burocrático del punto y coma.

MAYÚSCULAS Y MINÚSCULAS

Las mayúsculas son señoras de respeto. Ante una palabra escrita con mayúsculas no podemos seguir leyendo de corridito. Algo nos detiene, nos obliga a pensar, nos invita a guardar un segundo de silencio. Adoptamos ese aire de seriedad que provoca todo lo que se considera importante. El inicio de una oración se escribe con mayúscula. En eso estriba, en este caso, su gravedad. La letra que da origen, que inaugura una frase o un discurso, tiene la llave del lenguaje, tiene el poder germinal de la semilla. No podrían escribirse los nombres propios más que con mayúscula. Esa primera letra erguida le otorga su carácter de vocablo único, de nombre mágico que al ser pronunciado convoca una condensación de significaciones: una vida, una historia. Sí, las mayúsculas tienen una condición mágica. Cuando aprendemos el abecedario lo hacemos primero con las mayúsculas. Es así como la A, la B, la C, se quedan en nuestra memoria como seres venerables. Por eso cuando un sustantivo aparece en medio de la oración escrito con mayúscula, como La Libertad o La Verdad, casi casi nos postramos ante ella, como si hubiera aparecido ante nosotros un ser divino. No es de extrañar que las ideologías y las teologías utilicen las mayúsculas a diestra y siniestra para incluir al lector en sus dogmas de fe.

En cambio las minúsculas nos son tan familiares, tan inofensivas. Son el pueblo, vamos, la muchedumbre en la que nos perdemos cuando caminamos por las calles de un texto cualquiera. Tal vez por eso los jóvenes editores evitan las mayúsculas, incluso en los nombres propios; algunas veces hacen trampa y utilizan otro tipo de tipografía, pero en minúscula. Es que esas pequeñas letras son amistosas y joviales. Las mayúsculas son solemnes; las minúsculas, desenfadadas.

Por alguna razón técnica que desconozco, las direcciones de correo electrónico sólo pueden escribirse en minúsculas y sin espacios entre palabras. Cuando comencé a utilizar la computadora, esto me perturbaba, me sentía transgrediendo las leyes de la señora Gramática y vivía con la sensación de que un castigo inexorable caería sobre

mí. Pero ahora me parece que todos aquellos a quienes escribo, se trate de funcionarios públicos desconocidos, importantes empresarios o políticos inaccesibles, están más cerca de mí. Tal vez nunca contesten mis correos, pero como escribí sus nombres con minúsculas, ya no me importa tanto.

PARÉNTESIS

Hacer paréntesis es entrar en una dimensión distinta, como cuando uno se despoja de las ropas y el cansancio y se introduce en el agua tibia de una tina. Mi primer acercamiento a la concepción del paréntesis la encuentro en el recreo, ese momento en que sonaba el timbre y entrábamos en el espacio atemporal donde el juego, el sol, las golosinas, nos regresaban la infancia olvidada en los cuadernos. Luego supe que había paréntesis, atemporales también, pero más largos: las vacaciones cambiaban de signo el mundo, no importaba que permaneciéramos en la misma ciudad; la casa, los padres, los amigos, hasta la misma luz eran distintos. Después entendí que el amor era un paréntesis. Ya podía desplomarse el mundo entero si los labios se tocaban húmedos, si las manos encontraban otras manos dispuestas, si el cuerpo todo se abandonaba al contacto de otro cuerpo. Estas imágenes conllevan la sensación de gozo. Me pregunto si hay paréntesis duros o difíciles. ¿Era la tarea un paréntesis?, ¿la cita con el dentista? ¿Es hacer un paréntesis recoger la cocina, lavar los trastes, hacer fila en una oficina pública para pagar los impuestos? No, estas experiencias, si bien implican un cambio de actividad, una inserción abrupta en el fluir del día, deberían estar encerradas entre corchetes, que son rígidos y angulosos, fríos como todo lo marcado por la línea recta. Los paréntesis son curvos; cada uno de ellos -el que abre y el que cierra- indican pausas suaves, transiciones amables por las que puede resbalarse el tiempo como una gota de agua sobre la superficie de una fruta. Los signos del paréntesis no encierran, protegen; no enmarcan, cuidan. Entre el menguante y el creciente del paréntesis sólo tiene cabida la poesía.

Además del gozo, el paréntesis está tocado por la lentitud. Con el paréntesis disminuye la velocidad del discurso, se frena el pensamiento, se permite la reflexión. Cuando aparece el paréntesis se ejecuta un salto de nivel, una invitación a cambiar la extensión por la profundidad, por eso sus signos sugieren las capas de una cebolla: un

paréntesis adentro de un paréntesis, adentro de un paréntesis y sucesivamente, podría llevarnos al núcleo, a Dios, a la verdad.

En el mundo adulto no hay recreo y las vacaciones se reducen tan sólo a un par de días, pero existen otras actividades encerradas (no me gusta la palabra), contenidas entre paréntesis: la sobremesa, la contemplación de una fogata, la siesta, el cine y el fútbol; pero ninguna más cercana a mi concepción del paréntesis que la lectura, experiencia de gozo, lentitud, profundidad. Abrir un libro o una revista en medio de la prisa es reconciliarse con el niño atemporal, el hombre mágico, el ser pensante, todo al mismo tiempo. No es casual que los niños cuando aprenden a leer -los codos en la mesa- coloquen su cabeza entre las manos y éstas sostengan con su curvatura el rostro, de la misma manera que los signos detienen las palabras.

A veces me pregunto si el tiempo de la vida se encuentra entre paréntesis. Si es ella un inciso dentro de otra frase; si antes y después existe una oración que puede retomarse. Pero como no tengo la respuesta, me regreso a la imagen de la tina tibia mientras pienso que ya ni chingan los arquitectos de ahora que sólo ponen regaderas en los baños.

PUNTOS SUSPENSIVOS

Los puntos suspensivos son los durmientes de la vía del tren. Están en el lugar de lo que falta. Desde el andén desierto, imaginamos lo que ya pasó, lo que está por venir. Somos lectores de señales que nos invitan a completar la historia y el destino.

Se colocan a la misma distancia uno del otro; marcan un ritmo: tac-tac-tac, el ritmo de la espera. Son tres porque todo lo mágico tiene tres elementos, pero uno entiende que son más, y que de tres en tres pueden llegar al infinito.

Cuando uno es niño, no tolera el vacío que su presencia signa. Montados cada uno sobre un punto suspensivo, los tres cochinitos esperan la llegada del lobo. “Continuará”, decía el programa de televisión y el día se convertía en tres espaciados puntos suspensivos. “Buenas noches”, decimos; dejamos a un lado el libro, apagamos la lámpara, nos dejamos llevar sin resistencia sobre los puntos suspensivos del sueño, esperando que el discurso siga cuando el sol lo retome en la mañana. Pobres de nosotros cuando ya no haya puntos suspensivos, cuando el punto final nos clausure la vida.

Gracias a estos signos podemos construir el mundo con un entonces, un todavía, un después. Son las piedras que colocamos en medio del río del tiempo y sobre ellas brincamos sin dejarnos arrastrar por la corriente, esperando alcanzar la otra orilla. Por ellos las cosas siguen, continúan, permanecen. Su aspecto luminoso es la esperanza. Su aspecto oscuro el miedo. La distancia proporcional entre los tres mantiene la tensión que, de romperse, acabaría con todo. Por eso no se pueden violar los puntos suspensivos, son minas explosivas dispuestas sobre la arena del texto, en la frontera intransitable entre lo que es y aquello que vendrá. Minas de tiempo.

Lo más caro se asienta sobre puntos suspensivos: así el amor. Un beso es una manera suave de marcar los puntos suspensivos, lo mismo una promesa. El amor se termina cuando todo está claro, cuando comas y puntos disuelven el misterio.

Puntos suspensivos: qué pausada manera de escribir el silencio.

REDACCIÓN PARA QUÉ

Redacto el firmamento. Con mis manos recojo las comillas que los árboles soltaron con el viento y que forman sobre el suelo esa alfombra de rumores violeta. Hablo los signos de mi mundo a través de esta pluma que condensa en su interior las sombras de los árboles, las sombras de las casas, las sombras de los hombres que en escala de grises siente el gerundio agolparse en las arterias. Traduzco los colores que mis ojos encuentran sin tropiezo y pongo un signo de admiración al fiusha que revienta en esa bugambilia... No hay puntos suspensivos, no hay comas ni paréntesis para el olor del musgo y sin embargo, aquí estoy como todos los seres humanos buscando fórmulas, veredas, algoritmos para dejar constancia del trino de las aves y de la forma grácil en que la palma curva su silueta. El idioma es este instrumento inútil que sin embargo afinó para escuchar el canto de mi cuerpo que transita entre formas y texturas y matices como el del crepúsculo que se escapa del cielo. Todo escapa. Pero la redacción promete un código de cifras para apaciguar la sed de transparencia. Hay otros que me escuchan. Otros que leen lo que yo escribo y adivinan un breve escalofrío en un acento. Claves de niños en el juego. Cómplices en el intento de burlar la imposibilidad con verbos conjugados como si a todos nos supiera a lo mismo la naranja, como si la palabra frescura aludiera al mismo pie descalzo sobre el mosaico azul, como si la misma garganta se tragara el color de la jamaica. Seguí las clases de español como si fuera una doctrina religiosa y me convertí muy joven a la fe de la sintaxis por si hubiera algún dios que me ayudara a traspasar mi piel. Traigo un puño de letras en el pecho y las combino sí, como conviene, las cubro de silencios, las acomodo entre dibujos que la convención reclama y luego, cuando el resto de los seres que me rodean se distraen, me voy caminando furtiva, sigilosamente hacia mí misma por el camino que abrieron las palabras y me quedo sola, muy sola, masticando el único sabor del universo.

REPOSTERÍA GRAMATICAL

Poner el sustantivo en un recipiente; ablandarlo con adjetivos suaves y cremosos; cernir los artículos y las preposiciones; añadir un par de metáforas frescas; batir los complementos a punto de turrón para envolver la mezcla; lubricar el molde con más de una vocal para que las consonantes secas no se peguen; vaciar el contenido en un soneto firme; hornearlo al fuego lento del afecto; dejarlo reposar para que la pasión no ceda a la intemperie; servirlo en la mejor tipografía; consumirlo despacio y con deleite como todo lo que ha de desaparecer del plato.